

Sección: El método y la disciplina

¿Existe el dilema de lo cuantitativo vs. lo cualitativo en la investigación sobre política?

*María Eugenia Valdés Vega**

PRESENTACIÓN

La investigación en la ciencia política involucra una serie de actividades que requieren gran esfuerzo —fundamentalmente intelectual, pero también físico— de quienes se ocupan de ella. En este sentido, la investigación es un proceso de trabajo como cualquier otro realizado por el ser humano, sólo que aquí el producto es conocimiento de un tipo especial que es denominado “conocimiento científico”. La disciplina que estudia este proceso se llama metodología y las actividades a las que se hace referencia pueden esquematizarse en tres fases. Antes de explicar en qué consiste cada una de ellas, es necesario señalar que muchos autores no hablan de “fases de la investigación”, sino de diversos significados del término “metodología” en las ciencias sociales. Tal es el caso de Stefano Bartolini, quien indica los tres significados más frecuentes del término: el primero, cuando “se incluye en su esfera de competencia el estudio del fundamento filosófico del conocimiento de tipo científico, la teoría o filosofía del método



* Profesora investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

científico, o sea su interpretación, evaluación y justificación en referencia a otros métodos y otras consideraciones”; el segundo, en el que “se entiende por metodología el estudio de técnicas específicas de investigación y de su lógica, de los instrumentos y las operaciones necesarios para crear tales técnicas y para interpretar sus resultados”; por último, este autor afirma la existencia de “un tercer nivel o acepción del término metodología que, por su ubicación intermedia entre filosofía del método y la lógica de las técnicas, es el más difícil de definir en términos positivos, tanto porque en el intento de indicar su contenido específico nos vemos remitidos continuamente hacia arriba, hacia el nivel y la acepción epistemológica, o hacia abajo, hacia las aplicaciones instrumentales”. Esta tercera acepción de metodología “incluye aquellos procedimientos lógicos que se refieren a la formulación de los problemas de investigación, la formación y tratamiento de los conceptos, la elección de los casos y las variables, los procedimientos de control de los resultados” (Bartolini, 1994: 39).

Como ya se señaló al inicio, la propuesta que se hace en este artículo es que la investigación científica consta de tres fases: la fase epistemológica, la fase teórico-lógica y la fase técnica. Como puede verse, no se consideran como “acepciones” del término metodología a las etapas o fases del proceso de trabajo de cualquier investigador científico. Sin embargo, en realidad es sólo

con fines analíticos que se hace esta división del proceso de investigación, ya que este esquema de ninguna manera corresponde con la práctica investigativa real. En la práctica, los investigadores a veces combinan preocupaciones epistemológicas con preocupaciones técnicas o teóricas desde el principio de sus trabajos de investigación y, con mucha frecuencia, vuelven a plantearse problemas teórico-lógicos y epistemológicos cuando ya están centrados en la definición de las técnicas; esto es, no hay un orden estricto de las fases entre sí y es natural el replanteamiento de problemas de cualquier tipo en la producción de conocimiento. Por esa razón es que aquí se considera que lo epistemológico, lo teórico-lógico y lo técnico constituyen tres fases de un mismo proceso —no en sentido lineal de que una suceda a la otra, sino que son como “caras” de él— y se propone que se dé el uso del término metodología a su conjunto.

No obstante, hay coincidencia con Bartolini en que la resolución de problemas técnicos no es de primera importancia en la investigación, contrario a como pudiera parecer a simple vista. Es decir, en el proceso de la investigación no es prioritaria la preocupación por el tipo de técnicas que se van a utilizar, ya que antes deben resolverse otros problemas más importantes que se relacionan con el objeto de estudio y con la teoría que se construye o se reconstruye en el proceso de investigación mismo. Así, el uso de determinadas

técnicas sí está condicionado por la manera en que se hayan resuelto esos problemas en las otras fases; en la fase epistemológica, porque tiene que ver con el enfrentamiento entre el investigador y la realidad que pretende estudiar; y en la fase teórico-lógica, debido a que implica el uso de las teorías y del lenguaje formal de enunciados y conceptos. De todo ello depende el tipo de técnicas necesarias en la investigación social, por lo cual hay que ubicar la discusión en esas dos fases.

En este trabajo se tratará de sustentar lo anterior, por lo que tendrá su centro en las tareas previas a la definición de alguna técnica (ya sea cualitativa o cuantitativa) en la investigación; esto es, se abordará el quehacer científico principalmente en la fase epistemológica, aunque —y ello es inevitable también en esa fase— se harán referencias a la teoría. Pero antes de iniciar la exposición, hay que señalar una cuestión aparentemente marginal que sin embargo es importante en esta discusión: a pesar de que la visión epistemológica y teórico-lógica del investigador influye en la elección de las técnicas, esto no necesariamente implica una toma de posición política, como a veces se quiere hacer evidente. El enfrentamiento politizado de lo cualitativo vs. lo cuantitativo es un claro despropósito y es de los aspectos que también se abordarán en el trabajo con el solo objetivo de esbozar el problema y sugerir algunas ideas al respecto.

EN BUSCA DE LA CIENTIFICIDAD

Los filósofos positivistas de la ciencia aceptan a duras penas que el estudio de la sociedad humana forme parte del campo científico. Entre otras razones, mencionan que las ciencias sociales han aportado “penetrantes observaciones sobre las funciones de diversas instituciones sociales del mundo humano”, pero —como explícitamente lo afirma Nagel— “raramente pretenden basarse en indagaciones sistemáticas de datos empíricos detallados concernientes al funcionamiento real de la sociedad. Si se llegan a mencionar tales datos, su función es en su mayor parte anecdótica, ya que sirven para ilustrar alguna conclusión general, más que para someterla a prueba críticamente”. Nagel concluye: “en ningún dominio de la investigación social se ha establecido un cuerpo de leyes generales comparable con las teorías sobresalientes de las ciencias naturales en cuanto a poder explicativo o capacidad de brindar predicciones precisas y confiables” (Nagel, 1994: 129).

La imposición de requisitos científicos para la investigación social en general y para la ciencia política en particular tiene mucho que ver con el origen del debate entre lo cualitativo y lo cuantitativo; tales requisitos ignoran la diferencia entre el mundo de los objetos de la realidad natural y física, de un lado, y el mundo de la realidad socio-histórica, de otro. Los rígidos cánones de este modelo de ciencia —llamado po-

sitivista— han sido impuestos a los científicos sociales y de esta manera les marcan condiciones para reclamar el estatuto de ciencia a sus respectivas disciplinas.¹

Aunque pueda parecer que la discusión sobre la preeminencia del positivismo en las ciencias sociales está superada en los medios académicos y que estas rigideces metodológicas ya no interesan, en México la visión positivista y la imposición del método hipotético-deductivo que le es inherente sigue teniendo consecuencias importantes para la formación de científicos de estas disciplinas. Tanto a nivel de bachillerato como de licenciatura, en la enseñanza más común de la metodología de las ciencias sociales no se incluye la fase epistemológica, sino que, o bien se estudian diversas técnicas (como si eso fuera la metodología), o se aborda de inmediato la elaboración de los proyectos de investigación. Si esto último fuera el caso —esto es, que se enseñen las operaciones relativas a plantear un problema de investigación, formular hipótesis, operacionalizar conceptos, etcétera— equivale a poner en primer lugar a la fase teórico-lógica y a impulsar en la práctica el modelo de investigación positivista. La razón de esto es que incluso si se discutiera el papel de la teoría, la formación lógica de los conceptos u otros temas propios de esa fase, no hay ninguna discusión sobre la relación entre el sujeto y el objeto de la investigación, sobre el vínculo entre teoría y realidad empírica, sobre los criterios de verdad,

objetividad y validez, etcétera, todos ellos tópicos propios de la fase epistemológica. Faltaría una parte esencial que define en mucho el tipo de técnicas que debería ser el adecuado en la investigación porque se refiere a la relación del investigador con el mundo observable que lo rodea.

Así que (en el mejor de los casos, porque a veces no se llega ni a eso) desde las etapas tempranas de su formación, los científicos sociales se ven impelidos a adoptar un método que muy difícilmente pueden seguir con rigor y en muchas ocasiones esto los hace sentirse inferiores respecto a los practicantes de las ciencias naturales y exactas;² de ahí a adoptar técnicas cuantitativas sólo para parecer “científico de veras”, hay un paso muy corto. Por otra parte, algunos aspirantes a las tareas investigativas —estudiantes ya situados en la licenciatura o en el posgrado— pueden tener una reacción de rechazo completo a cualquier cosa que tenga mucho que ver con números cuando se enteran de que un amplio espectro de los análisis políticos basados en técnicas cuantitativas fueron hechos por teóricos burgueses (principalmente estadounidenses). Este tipo de posiciones generalmente va acompañado de una apuesta metodológica que en el discurso está basada en el materialismo histórico; por supuesto, los estudiantes que se adscriben a esta posición son antipositivistas.

Pero ambos casos extremos son equivocados. Si bien es cierto que se justifica el rechazo al positivismo, ello

no implica de entrada negar la posibilidad de utilizar técnicas cuantitativas para el análisis político porque en realidad no tiene que ver lo uno con lo otro. Para empezar y en algunos de sus trabajos más significativos, ha habido funcionalistas norteamericanos (como David Easton) que no usaron técnicas cuantitativas, y ha habido marxistas (como el propio Carlos Marx) que sí las utilizaron.³ Lo que aquí se afirma es que el problema básico en cuanto al tipo de técnicas que darán pie para análisis cualitativos o cuantitativos es el relativo a la posición epistemológica que asuma el investigador en la fase de la investigación en que construye su objeto de estudio.

LA FASE EPISTEMOLÓGICA

Sea consciente de ello o no, cuando el investigador se plantea un tema de investigación e inicia de esa manera la construcción de su objeto de estudio tiene frente a sí dos alternativas: o asume que la realidad que va a estudiar tiene especificidades que la diferencian de la realidad natural, o asume que la realidad es una sola y hay que conocerla del mismo modo; o sea, una concepción monista no sólo de la realidad sino de la ciencia. Si asume esta última posición e intenta seguir por un único camino de la ciencia, tal como es implícito en el positivismo, entonces se esforzará por cumplir con las dos siguientes fases de la investigación (la lógico-teórica y la

técnica) sin ningún conflicto epistemológico; en otras palabras, querrá saltarse una fase de la investigación y proseguir con las otras. El problema es que de todas maneras no podrá hacerlo bien.

No podrá hacerlo bien porque, independientemente de la posición que asuma frente a la realidad social, ésta es distinta a la realidad natural debido a que a) en ella es prácticamente imposible separar al sujeto que investiga del objeto de estudio, b) los valores e intereses del sujeto hacen que la realidad social sea percibida de modos diferentes, c) no puede experimentar fácilmente con ella y, sin embargo, d) el sujeto puede transformarla a partir de su práctica. Así que una propuesta epistemológica distinta del positivismo y que se oriente “a ser el reflejo, tanto del momento histórico por el que atraviesan las ciencias sociales, como de sus particularidades cognoscitivas”, tiene los siguientes supuestos principales:

- El reconocimiento de la mutabilidad histórica de los contenidos de las ciencias sociales.
- El alejamiento de la restricción de que hay leyes que regulan el desenvolvimiento de la sociedad.
- El reconocimiento de que la realidad social, en cuanto incluye la presencia de sujetos sociales, se caracteriza por la dimensión de la direccionalidad de sus procesos constitutivos (Zemelman, 1987a: 2).

Hilando sobre esta propuesta epistemológica, hay que señalar el gran trabajo que tiene por delante el investigador de las ciencias sociales en el momento en que, en lugar de empezar a plantear un problema teórico inmediato como se hace usualmente cuando no se cuestiona la realidad social, se enfrenta en la primera fase de su trabajo con la tarea de construir su objeto de estudio. Más propiamente dicho, esta primera fase de una investigación concierne a una determinada construcción de la relación de conocimiento entre el objeto de estudio y el sujeto que investiga. En el caso de la realidad política, ésta siempre tiene sujetos sociales que la construyen; por tanto, reconoce una dimensión de análisis que no necesariamente se encuentra en las ciencias naturales: la existencia de una dirección u orientación de los procesos que se da principalmente por la presencia de tales sujetos. El mismo investigador es un individuo involucrado con la realidad política que pretende conocer y esto hay que considerarlo de manera prioritaria a la hora de definir el objeto de estudio.

El papel de los valores e intereses del investigador debe ser tomado en cuenta a la hora de definir el objeto de estudio porque, por ser parte de un determinado contexto histórico, el investigador refleja en sus intereses científicos la realidad potencial que quiere conocer a través de sus proyectos y, al mismo tiempo, debe intentar evitar cualquier sesgo ideológico.⁴ Ya que en los estudios sociales es imposible que el investigador

se despoje de su ideología y a partir del supuesto de que no existe la pretendida “neutralidad valórica” que propone el positivismo, lo que se afirma aquí como una alternativa es la necesidad de considerar todos los campos problemáticos posibles contenidos dentro del tema inicial de la investigación (sus valores e intereses inclusive), lo que significa articular los diferentes niveles de la realidad que contiene el tema con el fin de definir el objeto de estudio (Zemelman, 1987a: 8-9).

Un tema tiene muchos problemas de investigación. Por ejemplo, si se plantea como tema inicial el estudio de la transición política en México, habrá que buscar los campos problemáticos que se forman a partir de aspectos de la realidad que se vinculan con ese tema: los partidos de oposición, el partido oficial, la organización ciudadana, las iglesias, los empresarios, los sindicatos, las fuerzas armadas, las instituciones electorales, las leyes vigentes, etcétera. En el establecimiento de la relación de conocimiento entre el sujeto que investiga y el objeto a investigar, la explosión del tema en todos sus posibles campos problemáticos ayuda a controlar la influencia de la ideología del investigador porque amplía su visión de lo real antes de someterlo a estudio; se busca con ello que “aparezcan” los diferentes aspectos de la realidad que no son inmediatamente visibles para el investigador a causa de que sus valores e intereses obstruyen su percepción en el enunciado inicial del tema. Aquí juega un papel central

la discusión intersubjetiva que ayuda a “ver” aspectos no considerados en un principio. Para nuestra preocupación acerca de las técnicas, es vital entender que muchos prejuicios pueden ser derribados en esta fase y así llegar a plantear aspectos que tendrían después que ser cuantificados (o no hacerlo). Este ejercicio nos puede ayudar a desecher por ideológicas tanto la posición que plantea técnicas cuantitativas como las únicas que “nos dicen algo de los fenómenos”, como la posición que plantea técnicas cualitativas por puro rechazo a las otras; ambas, sin haber siquiera enfrentado la realidad que se investiga.⁵

Lo anterior no quiere decir que los valores, intereses y creencias se eliminen y ya no tengan influencia en la investigación. Eso es imposible. Pero su papel está mediado por el debate académico y la genuina ansia de encontrar la verdad, característica insoslayable del científico. De todas maneras, su influencia está presente porque cada aspecto de la realidad “visto” o “descubierto” por el investigador o por quienes discuten y colaboran con él, tiene a su vez una serie de cuestionamientos que deberían ser respondidos. En nuestro ejemplo, el aspecto de los partidos de oposición puede dar lugar a múltiples cuestionamientos tales como los siguientes: cuántos son, cómo surgen, cuál es su base social, quiénes son sus dirigentes, a cuánto ascienden sus recursos financieros, cuándo obtuvieron su reconocimiento oficial, qué tipo

de estructura organizativa tienen, etcétera. Los otros aspectos de la realidad también pueden ser cuestionados de esta misma forma, pero aquí lo interesante es que no debe haber un cuestionamiento teórico sino empírico. Si en este paso se mezcla mucho a la teoría, entonces se puede impedir que la realidad pueda ser captada. Por ejemplo, preguntas tales como ¿qué es un partido político?, ¿qué significa partido de oposición en México?, ¿cómo es el sistema mexicano de partidos? son muy interesantes pero plantearlas en este momento de la investigación nos desviaría de la necesidad de captar la realidad; este tipo de preguntas llevan a que en lugar de ver a la realidad de la manera más completa posible, se realice una abstracción teórica de ella y enseguida se pase a su explicación con tal apresuramiento que resulta en una total ausencia de crítica no sólo a la realidad, sino a la teoría.

En el supuesto de que el investigador haya realizado la tarea de buscar los aspectos de la realidad que se vinculen con su tema inicial y de construir los campos problemáticos que contiene, llega un momento en el que debe cerrarla dado que esa explosión no puede ser infinita; para esto tiene que optar por aquel campo de problemas que ha ido construyendo como suyo. Es cuando tiene que plantearse el para qué de su investigación. Éste es un criterio de selección de opciones que involucra la subjetividad del investigador en esta fase de construcción del objeto; en ella, ha

problematizado su propia ideología y su bagaje teórico (porque algo muy claro es que en los aspectos vislumbrados y las preguntas que se le hagan a cada uno de ellos está presente la ideología del investigador y toda su formación teórica). Al mismo tiempo, el para qué contribuye a un cierre lógico en la problematización general del tema. Después de la apertura a la realidad, el para qué concentra los aspectos vinculados directamente con su opción, excluyendo a otros pero no sin haberlos considerado. Se busca de esta manera contribuir a la objetividad de la investigación.

Este paso es muy difícil para los investigadores en ciencia política (y en general para todos los científicos sociales) ya que tengan o no una militancia política explícita, deben ser conscientes de que es relevante lo que va a ser conocido por alguna razón y ésta puede tener intereses y valores de por medio; ellos deciden lo que van a investigar. Aun cuando pueda parecer muy complicado, plantearse sin ambages los fines de la investigación ayuda a definir con claridad qué fenómeno empírico y cuál problema teórico se van a estudiar porque allí es cuando entra el ser completo del investigador; toda su sabiduría, pero también toda su pasión. En el ejemplo que se ha citado, puede ser que el investigador termine eligiendo la participación ciudadana como objeto de estudio para el análisis de la transición política en México y no a los partidos de oposición o al partido oficial. Sus razones tendrá para hacerlo.

Así, esta primera fase de la investigación concluye cuando el objeto de estudio está construido, cuando el qué y para qué de la investigación están definidos con claridad. La relación del investigador con los observables del mundo de la experiencia es la que puede marcar su inclinación por lo cualitativo o lo cuantitativo; en esa relación juegan un papel muy importante las teorías que maneja porque con ellas observa la realidad de un modo u otro y, en ese sentido, forman parte de la misma realidad, constituyen uno de sus niveles.

EL PAPEL DE LA TEORÍA

En muchos cursos de metodología que no cuestionan el enfoque positivista y en los que desde luego no se aborda la construcción del objeto de estudio ni se discute epistemológicamente, la parte más importante de un proyecto de investigación es lo que comúnmente se conoce como “marco teórico”. Famoso y temido por los estudiantes de licenciatura, el marco teórico muy rara vez es entendido. Como además ese nombre da la idea precisamente de un “cuadro” del que no es posible salir, es preferible y mucho más fecundo abordarlo de una forma tal que lleve a discutir el concepto y la función de la teoría en la investigación. Éste puede ser un camino para avanzar en la solución de muchos de los problemas de las ciencias sociales en general y de la ciencia política en particular.

El método hipotético-deductivo del enfoque positivista supone que el sujeto investigador está armado de una teoría con la que va a explicar la realidad encarnada en su objeto de estudio (que bien mirado es sólo el enunciado de un tema). De este modo, la teoría se relaciona con la realidad —demasiado rápidamente— en un vínculo estático que no toma en cuenta la mutabilidad tanto de una como de otra. La explicación, pues, queda también petrificada puesto que se enmarcará en una teoría a la que no se le cuestionó nada; esto es así porque el objeto de estudio no es tal, sino sólo un enunciado del tema inicial al que no se le han planteado los problemas de investigación. En cambio, si se procedió con todo rigor en la construcción del objeto de estudio, las teorías manejadas por el investigador son problematizadas; de este modo, la realidad social es concebida como un proceso y, asimismo, el desarrollo de la teoría. Cuando se entiende la condición abstracta de la teoría, esto es, como “una abstracción separada de un caso concreto” (Alexander, 1997: 12) puede que esto la haga parecer como una serie de símbolos (enunciados y conceptos) externos a la propia realidad. No es así porque las teorías surgen de y para la realidad, y su vínculo con ella es tan estrecho que si una teoría ya no sirve para entenderla entonces debe reformularse; esa es la tarea de la ciencia.

Con este quehacer inicial del sujeto que investiga, el razonamiento teórico se abre respecto a la realidad, una reali-

dad mutable, para reconocer una amplitud de concreciones posibles que permite, a su vez, enriquecer la propia teoría. Esto es así debido a que los conceptos son considerados como organizadores de la relación con la realidad, justo porque “nos enseñan” cómo percibirla; una vez establecida la realidad como campo de objetos posibles, se procede a destacar las opciones de explicaciones teóricas. La teoría reviste, de este modo, “un carácter abierto al estar determinada por la configuración problemática que puede trascenderla” y enriquecerla (Zemelman, 1987: 66 y 72). Cuando el investigador está haciendo el esfuerzo intelectual de observar la realidad para incluir algún aspecto relevante que se vincule con su tema inicial y desde ese esfuerzo plantea preguntas muy puntuales que desentrañen su naturaleza —como cuando preguntamos de los partidos de oposición cuántos son, cómo surgieron, cuál es su base social, quiénes son sus dirigentes, entre otras— no está relacionándose con la realidad de manera “inocente” en términos teóricos; por supuesto que no, su formación académica, el cúmulo de conocimientos que son su personal bagaje son los organizadores de esa realidad. Pero también están allí los elementos ideológicos que pueden impedirle percibir algún aspecto o plantear alguna pregunta; por eso es que si el investigador formula preguntas demasiado abstractas puede introducir una explicación teórica de manera implícita, es decir, encuentra la solución de un problema

teórico sin siquiera haberlo planteado con claridad. La problemática parece ser la siguiente: ¿Cuándo incorporar formalmente la teoría sin el riesgo de empezar una investigación sabiendo de antemano los resultados de la misma? ¿Cómo alejar el dogma? ¿De qué manera garantizar el avance teórico en la ciencia política?

La solución de este conjunto de problemas no es sencilla y de hecho es el reto que enfrentan todas las ciencias sociales tras la profunda crisis de los paradigmas teóricos al final del milenio. Las opciones teóricas —cada una de ellas parte de determinadas tradiciones sociológicas— deben ser interpretadas y reinterpretadas para un nuevo movimiento de la teoría en las ciencias sociales (Alexander, 1997: 300). De esas tradiciones provienen las diferentes teorías sobre el conocimiento de los hechos sociohistóricos que señala Mercedes de Vega: la teoría analítico-positivista, que ha sostenido que las ciencias sociales no pueden adjudicarse el carácter de científicas puesto que no hacen uso estricto del método científico, ampliamente avalado por las ciencias naturales; la fenomenológico-hermenéutica, que acepta la especificidad del conocimiento social y su diferenciación de otros campos del saber, y que postula la comprensión como el método propio de las ciencias humanas; y la marxista o crítico-dialéctica, que sostiene que las ciencias sociales no pueden eludir la exigencia de científicidad y objetividad de las ciencias naturales, y que acepta

que el conocimiento social está mediado por la ideología del sujeto y que éste se enfrenta a objetos de una índole peculiar (De Vega, 1990: 275-277). A partir de esas grandes corrientes teóricas es que han fructificado propuestas durante la segunda mitad del siglo xx: el estructural-funcionalismo, la teoría del conflicto, la teoría del intercambio, el interaccionismo simbólico, la etnometodología, la sociología cultural, las nuevas elaboraciones del marxismo (Alexander, 1997).

Para la ciencia política el problema teórico es un grave problema. Es la única de todas las ciencias sociales que explícitamente se llama “ciencia”, en gran medida por el fuerte sentimiento de autoafirmación que le reporta a sus practicantes verbalizar el primero de los términos que compone el nombre de la disciplina. Y eso se debe también a que el segundo de sus términos (“política”) es la más vieja preocupación de los sabios que se dedicaron a estudiar al hombre; su vínculo con la filosofía —degradada por el positivismo como pura especulación— hizo que su estatuto científico se demorara en la etapa contemporánea. Adicionalmente, no hay ninguna actividad humana tan influyente, interesada y poco objetiva como la política, así que separarla de la ciencia política ha sido una labor muy complicada para quienes estudian los fenómenos del poder. Todavía ahora muchos estudiantes de ciencia política piensan que se están preparando para ser políticos —lo que es imposible dado que esa es una profesión que no está

considerada en el *curriculum* universitario— y no para estudiosos y analistas de esa actividad.

Los investigadores de la realidad política deben preocuparse por la base teórica de sus análisis porque la teoría es el lenguaje de la ciencia y es la que arma a los politólogos en su tarea de descubrir y desentrañar los problemas que se le presentan. Pero la investigación debe entenderse como una tarea de construcción, más que de comprobación de teorías. Si se entiende así, muchos análisis cuantitativos tendrán que ampliar sus supuestos teóricos porque muchas veces son de una enorme pobreza conceptual, al tiempo que deberán considerar técnicas de recolección de información que obliguen a los investigadores a salir del gabinete y los lleven a hacer trabajo de observación directa. La política es una actividad humana tan apasionada y apasionante que merece, en la medida de lo posible, que sus estudiosos vayan a investigar sus fenómenos donde ocurrieron (o están ocurriendo) y realicen entrevistas, observaciones de distintos tipos y otras técnicas cualitativas. Igualmente, muchos análisis cualitativos que pretenden insertarse en la metodología marxista deberán aprender de Marx a analizar la realidad con las herramientas prácticas que provee el desarrollo de las fuerzas productivas —lo que incluye el uso de las estadísticas, las computadoras y otras sofisticaciones tecnológicas que obligan al análisis cuantitativo— y a ser más rigurosos y críticos para

enriquecer los planteamientos teóricos del marxismo; porque debe quedar claro que el marxismo no es un dogma religioso, sino una teoría. Y, a veces, las teorías también se equivocan.

Finalmente, en la ciencia política lo relevante son los problemas teóricos a resolver y esto quiere decir plantear nuevas preguntas, ofrecer nuevas explicaciones. Crear nuevos conocimientos, ofrecer aspectos de la realidad antes inexplorados; estudiar y construir nuevos conceptos. Con números, con palabras; cualitativa o cuantitativamente, lo importante es aspirar a encontrar la verdad. Así que, para terminar, me adhiero a lo que señala Pasquino:

Si había que dar una batalla para la introducción de técnicas cuantitativas, para la medición de los fenómenos políticos, para lograr un rigor analítico que condujera a explicaciones cuantificables, esta batalla está en gran medida ganada. Y, de alguna forma, la victoria puede incluso parecer excesiva. En la ciencia política, como testimonian la mayor parte de los artículos publicados en las revistas especializadas (...) está ya muy difundido el recurso a técnicas cuantitativas. La desconfianza hacia estas técnicas ha disminuido claramente, forman ya parte del bagaje profesional de muchos estudiosos y en medida creciente, casi generalizada de los más jóvenes. Al mismo tiempo, sin embargo, se ha visto claramente cómo con frecuencia la cuantificación sigue siendo prematura y el mero recurso a esas téc-

nicas ha permitido pocos avances. En resumen, las técnicas están bien, son útiles, a veces indispensables, pero tienen el peligro de quedarse reducidas al análisis y a la solución de un número de problemas muy concretos si no están explícitamente ligadas a nuevas teorizaciones, o bien corren el peligro de dar respuestas a problemas poco importantes (Pasquino, 1994: 24-25).

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES

El conjunto de propuestas y reflexiones que se presentan en este artículo son producto del interés por encontrar lo específico del proceso de trabajo que realizan los investigadores de las ciencias sociales en general, y de la ciencia política en particular. Aquí se argumenta el porqué el tipo de análisis de una investigación en nuestras disciplinas, ya sea cualitativo o cuantitativo, se relaciona con la fase en la que se construye el objeto de estudio. También se insiste en que esa fase es definitiva para el logro de uno de los requisitos más importantes de la ciencia: la objetividad; éste implica la lucha contra la imposición de criterios ideológicos en el análisis político. No obstante, este trabajo plantea asimismo que la neutralidad valórica en el estudio de la sociedad humana es imposible debido, entre otras cosas, a la imbricación entre el sujeto y el objeto de estudio. Por eso, la relación de conocimiento es tan complicada y difícil como en ninguna otra ciencia; por eso, la

ciencia política es más delicada que la física cuántica o cualquiera otra de las llamadas “ciencias duras”. La bomba atómica fue inventada por científicos que tal vez desprecien los métodos de nuestras ciencias, pero nosotros estudiamos a quienes las utilizan; nuestra ciencia es muy importante y debemos ser muy conscientes de eso.

La teoría es otro de los asuntos de los que se trataron en este trabajo. Ella puede iluminar el trabajo del investigador, pero también puede oscurecerlo; puede ser una herramienta para identificar los problemas empíricos dignos de esclarecimiento, y eventualmente de explicación, o puede servir como un instrumento de la ideología entendida como visión idealista, deformada e invertida de la realidad. Y esto es válido para los que se asumen como investigadores marxistas, y para otro grupo de estudiosos quienes intentan descalificarlos y presentan análisis asépticos que no dicen nada, o dicen muy poco, de la carne y la sangre de los fenómenos políticos. La teoría política, ciertamente, puede confundirse con la pura ideología. Evitarlo es la tarea de los científicos que estudian esta actividad tan importante de los hombres: la política.

NOTAS

- ¹ Incluso Dilthey, quien defendiera la autonomía epistemológica de las ciencias del espíritu, dijo que “lo que se llama método en la ciencia es en todas partes una sola cosa, y tan sólo se

acuña de una manera particularmente ejemplar en las ciencias naturales. No existe un método propio de las ciencias del espíritu” (Gadamer, 1977: 36).

² Sin embargo, este sentimiento de inferioridad es muy relativo y contradictorio. Ya Gadamer señalaba: “Pero en realidad las ciencias del espíritu están muy lejos de sentirse simplemente inferiores a las ciencias naturales. En la herencia espiritual del clasicismo alemán desarrollaron más bien una orgullosa conciencia de ser los verdaderos administradores del humanismo” (Gadamer, 1977: 37).

³ Es cierto que Marx no introduce muchos elementos cuantitativos en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, su trabajo clásico sobre análisis político de coyuntura; no obstante, nunca podría haberlo hecho sin *El Capital*, donde las bases económicas de la dominación ideológica son analizadas en términos absolutamente cuantitativos.

⁴ Aquí es importante establecer los dos sentidos que Luis Villoro encontró en el concepto de ideología en Marx y Engels. La ideología en sentido estricto fue concebida por Marx como un “estilo de pensamiento” idealista que hacía que hubiera una creencia falsa acerca de la realidad, una conciencia invertida de ella, esto es, una falsa conciencia. En sentido amplio, Engels pensó la ideología igual a la superestructura, ese edificio de ideas jurídicas y políticas (y también artísticas, religiosas, etcétera) creado a partir de la base o estructura económica. En sentido amplio tendría una función sociológica, ya que explicaría la generalización de la ideología de la clase dominante entre las demás clases sociales. En sentido restringido, el concepto de ideología tendría un papel cognoscitivo, es decir, ayudaría a entender un “estilo de pensamiento” no materialista ni objetivo de la realidad. De este modo, la ideología implicaría una visión distorsionada de la realidad —o sea, una visión no objetiva—, por lo que toda ideología implicaría ceguera frente

a la verdadera realidad; sería siempre falsa conciencia. Esta digresión era necesaria para enfatizar que la ciencia política se enfrenta a la ideología (valores, intereses o creencias adscritas a cualquier orientación política) en la búsqueda de la verdad (Villoro, 1978).

⁵ Todo lo que concierne a la construcción del objeto de estudio está basado en los cursos de epistemología que el profesor Hugo Zemelman impartió en el programa de Doctorado en Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1987 y 1988, y en la experiencia acumulada por la autora en el campo de la docencia y la investigación durante los años posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey
1997 *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*, Gedisa, Barcelona.
- Bartolini, Stefano
1994 “Metodología de la investigación política”, en Gianfranco Pasquino, Stefano Bartolini *et al.*, *Manual de ciencia política*, Alianza Universal (Textos, núm. 125), Madrid.
- De Vega, Mercedes
1990 “La construcción del conocimiento sociohistórico”, en *Polis 90, Anuario de Sociología*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.
- Gadamer, Hans-Georg
1977 *Verdad y método I*, Sígueme, Salamanca.
- Nagel, Ernest
1994 “La estructura de la ciencia”, en Jorge Issa (comp.), *Aproximación a la metodología de las ciencias sociales*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

María Eugenia Valdés Vega

Pasquino, Gianfranco

- 1994 "Naturaleza y evolución de la disciplina", en Gianfranco Pasquino, Stefano Bartolini *et al*, *Manual de ciencia política*, Alianza Universidad (Textos, núm. 125), Madrid.

Villoro, Luis

- 1978 "El concepto de ideología en Marx y Engels", en Mario H. Otero *et al.*, *Ideología y ciencias sociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Zemelman, Hugo

- 1987a "Razones para un debate epistemológico", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1/87, enero-marzo, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1987b "La totalidad como perspectiva de descubrimiento", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1/87, enero-marzo, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.